

PUTA DE LUJO

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la página principal](#)

Capítulo 7

De no cruzarte en mi camino, Ana, de no haberte entregado a mí sin condiciones, como has hecho siempre, estoy segura de que mi carrera profesional habría sido muy diferente. Podría haber llegado alto, pero no ser la *top*, la fuera de categoría en que me convertí. Los componentes de mi oferta no podían estar mejor elegidos. Programas informáticos en permanente mejoramiento y actualización para permitirnos acceder a informaciones, previsiones y datos de los que nuestros clientes carecían. Tú, detrás de mí, organizándolo todo: hoteles, citas, vuelos... Controles médicos, sesiones personalizadas en los gimnasios, saunas y masajes, dietas, clases de idiomas, cursillos de actualización en Economía y Programación... Esteticistas, tiendas de moda, de lencería, zapaterías... Y tú, dándome siempre el último toque, reservándote el papel de peluquera y maquilladora. Después, a vestirme ceremonialmente, como los toreros antes de salir al ruedo, y yo, de acudir a mi lidia particular.

¡Qué magia de sesiones antes de enfrentarme a una nueva cita! Qué rostros los tuyos entonces, Ana, tan agrídulces, mientras buscabas la perfección de mi estado antes de entregarme a otro desconocido más, sabiendo bien lo que te esperaba después: soledad, soledad, soledad y espera, espera y soledad... Ducharnos juntas y hacerlo para otro; secarme con todo el mimo mientras me encelabas con tus ojos de fiera enfurruñada; ponernos frente al espejo, desnudas las dos, para hacerme un peinado diferente en cada ocasión... Espejos encuadrados en hileras de luces, casi cegadoras, para resaltar mi belleza... Entonces, enredabas tus dedos con mis tirabuzones, entre mimos y besos al aire, sin premura alguna... Después, el maquillaje, hasta dejarme insuperable. Luego, la lencería, aunque no siempre, en todo caso preciosa, y tampoco era para que la disfrutaras tú... Cómo te ensimismabas contemplándome con las transparencias, con los encajes, pegadas una contra otra sin dejar de mirar al espejo, mientras acariciabas y rozabas tus mejillas contra las mías. Y en medio, algún que otro beso fugitivo. A veces se me hacían eternos por las prisas, pues tú aún hurgabas en mi boca con lengua maliciosa, como si quisieras robar algo al enemigo que me esperaba abajo, en el vestíbulo del hotel de turno...

Qué despedidas, Ana, antes de entregarme a otros. Qué momentos de intimidad, como si fuese la última vez... Qué rituales, acariciándome los senos, rodeándome entre tus brazos, estremeciéndote entera contra mi cuerpo

como una yegua en celo, enjoyando mi cuello con perlas auténticas, con terciopelos negros y diamantes, adornando mis oídos con pendientes de zafiro. Qué sesiones de ensueño en mis vísperas, amor, para finalizar con los mejores perfumes y la vestimenta más elegante, a veces clásica, y otras, más actual: faldas de tubo, chaquetas de estilo masculino, las medias, imperdonables, con ligueros de fantasía. Y los zapatos, qué charoles, qué surtidos, qué coloridos, siempre de estreno, con tacón, pero sin exagerar, para pisar fuerte, dando siempre sensación de aplomo, de seguridad, de fiabilidad, sin faltar a la fantasía y a la distinción. Un aplique, un broche, un *foulard*, una pabela según la ocasión, y, para dar un toque de intelectualidad, que tanto fascina a los hombres con clase en una mujer, unas gafas de diseño sin graduación, pues para nada las necesitaba yo... Ojos tiznados discretamente, nada exagerados, labios de rosa subido, nunca de carmines sanguinolentos, y, como colofón, una última inspección ante el espejo:

-Aquí está el secreto: en tus ojos, en la mirada, en esos labios finos inigualables. Parecen apretarse entre sí como para sellar herméticamente el enigma que guardan dentro. Tienen la expresión potente de un hombre y la ternura característica de la mujer. Y las alas de la nariz, abiertas y acogedoras, femeninas. El resto, más bien duro y seco, afilado, insinuando firmeza masculina. Y lo mismo puede decirse de estas mejillas, salidas normalmente, como si buscasen el beso de las miradas ajenas, pero que se contraen con facilidad por los estímulos externos. Y este cuello, mitad Marte, mitad Venus, según por dónde se mire y tu estado de ánimo. Tienes el atractivo latente de los dos sexos que tanto encandila a los hombres, Laura, y a mí... A mí, me confunde y me ha llevado a la perdición contigo. Y ahora te vas, te vas a por otro, siempre la misma historia...

En estos finales de despedida, Ana se ponía llorosa, quejumbrosa, se apretujaba contra mí, pero yo estaba obligada a mantenerme fría y en calma ante lo que me esperaba después, tenía prohibido decepcionar. Era el momento de incorporarme. Ella me daba un último toque ante el espejo y yo marchaba al encuentro de mi suerte con el financiero o el político de turno. He sido muy dura y exigente contigo, Ana, lo reconozco, porque te dejaba en un lastimoso estado de indefensión que bien reflejan estos versos tuyos:

*Nos duchamos, te arreglo, te visto.
Último toque ante el espejo, último beso.
El PC en bandolera. Adiós, amor, insisto.
Cruzo los brazos y te vas. ¡Cómo lo detesto!*

*Te entrego para otro y aquí me quedo,
sola, envuelta en un sudario de angustia y miedo.
Tic-tac, tic-tac. Oigo hasta el silencio.
Qué lastre, amor, qué peso aquí dentro.*

*Toda una noche por delante, tú entregada.
Y yo, consintiendo, perdidamente enamorada.
Siento escalofríos, destemple, y tú encantada.
Me siento desvalida, extraviada, ignorada.*

*Vacío nocturno, campanadas lejanas.
Aniquilación de emociones, griteríos de cama.
Sábanas frías, lecho vacío, ecos de madrugada.
Me noto yerta, ausente, desangelada.*

*Pero volverás. Volverás por unas horas y marcharás.
Eres agua entre las manos, río que se va,
aire tibio de primavera que vivifica al pasar,
mercurio que se dispersa fugitivo, espuma de mar.*

Estas escenas me traen a la mente la sensación que el torero debe sufrir antes de ir a la plaza. Indefensión, ése es el término exacto. Indefensión del torero ante la muerte, que va a mirar cara a cara; indefensión de la mujer que va a entregarse a un hombre desconocido en una nueva cita, pero ambos, toro y hembra, con nuestros recursos y nuestras defensas. Abandono temporal de la seguridad, aceptando importantes riesgos vitales por elección propia. Se puede morir o vencer en la lidia, o resultar malherido, y también triunfar. Yo salía siempre a por el triunfo, y, en la mayoría de ocasiones, lo conseguí.

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la página principal](#)